

pobre compañero, que dió con su cuerpo en el suelo.

Acudimos todos presurosos, y hallamos al pobre Dick sudoroso, lleno de sangre y desmayado.

Apliqué á sus labios una vasija de cuero llena de riquísimo *brandy*, y le mojé el rostro con agua. Dick abrió los ojos y lanzó un suspiro.

Registré minuciosamente el cuerpo de mi compañero, y, salvo los desgarros del vestido, hecho jirones, y algunos azulados cardenales, no hallé rotura ni lesión alguna.

—No es nada, amigo Dick,—dije yo.

—Gracias, Campwell,—me contestó, apretando la mano.—Tenéis razón: no es nada. Seguid, seguid la montería,—añadió, señalando á la piara, que huía allá á lo lejos, levantando nubes de polvo, y al caballo aprisionado por el *gaucho*, que hacía vanos esfuerzos para romper sus ligaduras.

—No, amigo mío; mejor es que dejemos esta cacería y regresemos á la ciudad.

Auxiliado por mis criados, levanté á Dick, medio derrengado y lleno de dolores. Fabricamos á toda prisa unas parihuelas, y merced á ellas llegamos á una choza.

Aliviado Dick, decidimos regresar. Era de noche, y nos hallábamos en el dintel de rústica y pobre choza, cuando llamé á los *gauchos* para satisfacerles su jornal y despedirlos.

—Tomad,—dije,—aquí tenéis las ocho onzas convenidas.

—Está bien,—contestó uno de los *gauchos*; y desapareció, seguido de otro.

Los otros dos *gauchos* permanecieron clavados allí, mudos y silenciosos.

—Ensillad los caballos y marchemos,—dije á los criados.



—Poco á poco, mi amo,—dijo bruscamente uno de los *gauchos*, hombre de elevada talla, forzudo, de poblada barba y siniestra mirada;—no partiréis sin satisfacer antes nuestro salario.

—¿Cómo es eso?—grité yo, colérico.—He pagado, y nada os debo.

—No á nosotros, mi amo,—replicó friamente el *gaucho*.

—¡Ah, viles canallas y ladrones!—grité, empuñando una pistola; y disparé.

El *gaucho*, gruñendo de un modo horrible, apartóse á un lado, recibiendo sólo leve rozadura en el brazo.

El otro *gaucho* apuntaba friamente á mi cabeza, cuando cayó derribado de un hachazo. Uno de nuestros criados me había salvado milagrosamente la vida.

El primer *gaucho*, al ver tendido muerto en el suelo á su compañero, tiró las armas, y gritó que se rendía y pidió perdón.

Aquel miserable bandido mostró tanta bajeza como perversidad.

Nuestros criados, á despecho de nuestras órdenes, le aplicaron severos castigos y le abandonaron molido á palos.

Montamos todos á caballo. Dick repuesto ya, tomando un buen trote, y guiados por un indígena, llegamos, tras algunas jornadas, al término de nuestro viaje.

Así terminó una aventura que á Dick y á mí pudo costarnos la vida.

Hace muy pocos años vi en París algunos *gauchos* que simulaban cacerías de caballos con lazo, llenando de admiración á los parisienses.

Cuando tanto maravilla la pálida copia, júzguese el efecto que ha de producir en el ánimo una cacería en las Pampas, llena de emociones, encantos y peligros.



CAPITULO XVIII

CAZA DEL LOBO, HIENA Y CHACAL



NAUDITAS son las fechorías del lobo, y su caza ofrece grandísimo interés. No es un mero pasatiempo, un ejercicio higiénico: es una necesidad. Es el combate con un terrible enemigo, que causa destrozos en los ganados, en los campos, y produce millares de víctimas humanas.

En épocas de guerras, pestes y hambres, aparecen los lobos á sembrar el

I

terror en los pueblos y á completar la fiera obra de desolación.

El año 1812, refiere Viardot ⁽¹⁾, un destacamento de ochenta soldados cambiaba de guarnición en el centro de Rusia. Durante la noche fueron atacados por los lobos, y tras un combate horrible fueron los pobres soldados muertos y devorados. Entre los restos informes, desgarrados y fusiles rotos, yacían más de trescientos lobos, muertos á balazos y á la bayoneta. Hoy se levanta una sencilla piedra tumular en el sitio donde ocurrió aquella gran catástrofe.

La historia registra horribles cacerías de los lobos. En el siglo x, durante y después de la invasión de los normandos, Francia entera fué devastada por los lobos.

Durante las guerras del siglo xv, en que los Armagnac, los Burguñones y los ingleses, rivalizaban en sembrar ruinas y sangre en Francia, los lobos llegaron á

(1) *Souvenirs de chasse.*

penetrar en los pueblos, devorando mujeres y niños, desenterrando los muertos de los cementerios.

Las crónicas refieren que en setiembre de 1434, casi á las puertas de París, catorce personas fueron devoradas por los lobos. Uno de los animales más feroces de la banda hizo tantos estragos, que sus proezas eran comentadas por el pueblo con la curiosidad y terror que inspiran las aventuras de los célebres bandoleros. Apellidaban á aquel lobo *Courtault*, porque en una refriega había quedado sin rabo. Fué, al fin, muerto el lobo la vigilia de San Martín, y paseado en triunfo por París,



Perros acosando á un lobo

El 12 de agosto de 1595 un lobo atravesó á nado el Sena, y en la plaza de la Greve devoró á un niño.

«Cosa inaudita y triste augurio,»—escribió Pierre de l'Estoile en su diario.»

Las terribles guerras de la *Liga* y de la *Fronde* proporcionaron á los lobos centenares de víctimas. En el año 1651, bandadas de lobos llegaban hasta las puertas de Etampes, donde devoraron muchas mujeres y niños.

En 1763, firmada la paz de París, que puso fin á la guerra de los Siete Años, los lobos devastaron también á Francia. En el Lyonnais y en las cercanías de Meung-sur-Loire apareció el legendario y terrible lobo de Gevaudán, que, por los desastres que causó y los grandes esfuerzos que fueron necesarios para su destrucción, ocupó durante un año entero la atención de Francia ⁽¹⁾.

Aquel lobo, que por su talla extraordinaria se tuvo por algún tiempo por un animal de especie descono-

(1) Mary Lafón: *Mœurs et coutumes de la vieille France*.

dejando todas sus faenas para contemplar el monstruo, ó, como dicen las crónicas, en su pintoresco lenguaje, *et laissoient les gens toutes choses à faire, fust boire, fust manger*, para ir á ver á *Courtault*.

En 1502, bajo el reinado de Luis XI, la epidemia asolaba el Bourbonnais, Saintonge, Anjou, Turena y Orleans. La pobre gente que llena de terror se refugiaba en los bosques, hallaba segura muerte entre las fauces de los lobos, que se multiplicaron de tal suerte que fué preciso organizar grandes monterías para ponerlos á raya.

cida, apareció por primera vez en el bosque de Mercoire, cerca del villorrio de Laugogne en el Gevaudán. Durante muchos meses, causó pavor y espanto, pues eran diarias sus fechorías, devorando mujeres y niños.

Toda la población de los campos, guiada por los gentilhombres del país, y auxiliada por un destacamento de dragones, persiguió sin éxito al animal.

En balde el Obispo de Meude ordenó rogativas públicas, é hizo exponer el Santísimo Sacramento en su catedral, como en las épocas de las grandes calamidades; en vano los estados de Languedoc votaron, á favor del vencedor del monstruo, una recompensa de 240 libras, prometiendo después el Rey, de su bolsillo particular, 6,000 libras. El cultivo de los campos fué abandonado, los aldeanos sólo se atrevían á salir en gran número y acompañados, las ferias y mercados estaban desiertos, y los rebaños morían de hambre en los corrales.

Después de dar cincuenta batidas generales infruc-

tuosas, en que tomaron parte los habitantes de veinte, treinta y hasta cien parroquias, corrió la voz de que aquél era un animal invulnerable.

El Rey confió entonces la misión de matar al lobo de Gevaudán á uno de sus mejores oficiales de venería, á Mr. Antoine, caballero de San Luis, portaaarcabuz de S. M. y lugarteniente de sus cacerías. Este intrépido venador partió el 8 de junio de 1765, junto con un formidable tren de caza, llevando consigo á los guardias escogidos de los bosques de Saint-Germain y Versailles.

Durante dos meses, el célebre lobo pudo escapar de la batida. En aquella expedición se mataron gran número de lobos, cómplices, sin duda, de las fechorías de que se acusaba á la fiera de Gevaudán.

En fin, en 20 de setiembre, el caballero Antoine, habiendo sabido que el lobo vagaba por los alrededores de la abadía real de Chazes, envió ojeadores y perros para cortarle la retirada.

Organizóse una seria batida, en que los guardias del Rey y cuarenta tiradores de Langeac registraron el bosque. Antoine se hallaba en un desfiladero, cuando de repente vió venir hacia él al gran lobo, que presentaba el costado derecho y volvía la cabeza para mirarle. Antoine disparó, y el animal cayó herido; pero no tardó en levantarse, dirigiéndose furioso contra el cazador, que lanzó grandes gritos pidiendo socorro. Un guardián del Duque de Orleans acudió á tiempo, desjarretándole un tiro que dejó muerto al lobo.

«Aquel monstruo, que había matado 83 personas, media 32 pulgadas de altura, 5 pies, 7 pulgadas y media de longitud y 3 pies de circunferencia, y pesaba 150 libras» ⁽²⁾.

II

El lobo ha sido considerado por los cazadores como pieza perteneciente á la caza mayor unas veces, y otras á la caza menor. En España se le ha concedido la primera categoría. ⁽²⁾

El lobo pertenece á la familia canina y al orden de los carnívoros. Se encuentra tanto en el antiguo como en el nuevo continente, y soporta así los fríos rigurosos de Laponia y Siberia como los sofocantes ardores

(1) Cartá de Mr. Boulanvilliers al Rey.

(2) Torre Ayllón. *I. V.*

de África. Refractario á la civilización, se puede decir de él que se desarrolla en razón inversa al grado de cultura de cada país.

En Inglaterra y Alemania no se conocían más lobos que los ejemplares existentes en los jardines zoológicos. Sin embargo, hoy este último país posee la Lorena, que no escasea de esas alimañas.

En cambio en Austria, Francia, Suiza é Italia, donde el grado de civilización es menor, existen muchos lobos. Pero allí donde la cultura es inferior á la que tienen en estos últimos estados, el lobo llega á ser un azote para los pueblos. Rusia, Transilvania, Polonia, Galitzia, Hungría, Kurlandia, Livadia, España y Turquía son los países de Europa en que más abundan.

El lobo es del tamaño del mastín y se parece bastante á éste por el color de su pelo. El hocico es negro ó castaño oscuro en el lobo, la nariz negra, la frente gris oscura, la cabeza y cuello pardos. El lomo, paletillas y caderas son de diversos matices de pardo amarillento. Los flancos, blanquecinos. El hopo, color negruzco con la punta blanca. El pecho y garganta, gris claros. En general, el color del pelo varía, según la edad de cada individuo.

El hocico del lobo es bastante prolongado; los ojos, brillantes, y las orejas, cortas y derechas.

La boca del lobo está muy bien armada; sobre todo, los dientes caninos son fortísimos.

Más alto del tercio anterior que del posterior, su configuración le impide hacer *carrera larga*; su paso favorito es el trote, y á este *aire* puede recorrer grandes distancias, con una nunca vista velocidad. La mayor fuerza del lobo está en los músculos del cuello.

La hembra es algo menor que el macho.

Los caracteres distintivos del lobo son: astucia, maldad y tenacidad. Está dotado de una vista y oído excelentes, y con dientes inmejorables.

Caza generalmente de noche. Cuando sale produce un sonido, que no se puede llamar ladrido; es más bien un aullido entrecortado en tono alto, muy desagradable.

El lobo vive hasta veinte y veinticinco años; está expuesto á pocas enfermedades, pero fácilmente á la hidrofobia.

El celo, que empieza en los países del norte hacia fines de enero y primeros de febrero, y en el mediodía á fines de diciembre, es de corta duración (doce á quince días).

A las doce semanas la loba pare de cuatro á nueve lobeznos, que, como los perros, permanecen ciegos por espacio de quince días, y amamantados por su madre